



LA NUEVA ACRÓPOLIS

Era el día siguiente de la liberación del Alcázar.

Iba comunicando a los periodistas extranjeros las primeras noticias de la epopeya y llegué a la anécdota de Moscardó. Puse especial cuidado en que copiaran íntegras las palabras del coronel a su hijo, que las repito ahora, porque todo español debe de hacer cuestión de dignidad patria el sabérselas de memoria:

“—Me piden la vida y el honor de los que estamos aquí a cambio de la tuya. Encomiéndate a Dios. Da un viva a España y otro a Cristo Rey y muere como un héroe, que tu padre no se rinde por el honor de España.”

Al acabar de contar esto noté, por instinto profesional, que los corresponsales habían sentido el latido sensacional que se busca en las informaciones. Los que hasta entonces oían en

silencio el relato de las penalidades sufridas por los defensores se conmovieron. Hombres de sensibilidad endurecida por su constante presencia cerca de los cráteres de la actualidad, la anécdota fué un estilete que abrió de un golpe las entretelas de la emoción.

D'Hospital, corresponsal de las grandes Agencias, me dijo: “Esto bastará para inmortalizar el Alcázar. El episodio conmoverá a toda la América... y a todo el mundo.”

Hans Rosel, el enviado del “Berliner Tageblatt” y de la “Gaceta de Francfort”, exclamó: “El valor español no conoce límites.”

Una hoguera de valor sin eclipse, alimentada día y noche, ha sido el Alcázar. El diálogo de Moscardó con su hijo señala la plenitud, pero ese valor que devora a todos los defensores como una llama mística, chispea y